

Claroscuro Nº 22 (Vol. 1) - 2023

Revista del Centro de Estudios sobre Diversidad Cultural

Facultad de Humanidades y Artes

Universidad Nacional de Rosario

Rosario – Argentina

E-mail: claroscuro.cedcu@gmail.com

Título: La dimensión imperial y atisbos de africanidad para pensar las independencias africanas

Title: The Imperial Dimension and Glimpses of Africanness for Thinking about African Independences

Autor(es): Ramiro De Altube

Fuente: Claroscuro, Año 22, Nº 22 (Vol. 1) - Julio 2023, pp. 1-36.

DOI: 10.35305/cl.vi22.124

Publicado en: <https://claroscuro.unr.edu.ar/>



Claroscuro cuenta con una licencia

Creative Commons de Atribución

No Comercial Compartir igual

ISSN 2314-0542 (en línea)

Más info:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>

Los autores retienen sus derechos de usar su trabajo para propósitos educacionales, públicos o privados.



Universidad
Nacional
de Rosario

La dimensión imperial y atisbos de africanidad para pensar las independencias africanas

*Ramiro De Altube**

Resumen

Una imagen instantánea de Ghana en 2022, como ejemplo de las repúblicas africanas actuales, nos muestra la singularidad de su recorrido, dificultades para la consolidación del Estado-nación y la soberanía conseguida hace décadas, además de algunos elementos complejos cuya comprensión puede ser modificada si cambiamos parcialmente la perspectiva, incorporamos la dimensión imperial e inscribimos el proceso de las independencias políticas formales en una mirada de larga duración. Eso implica pensar la historia de los modos de producción de otra manera y destacar los elementos de continuidad neocolonial. Este enfoque quizás ayude a entender los trazos de la narrativa común de los líderes independentistas que insiste en la africanidad y los valores propiamente africanos como forma de resistencia cultural y fundamento del futuro que estaban ayudando a construir.

Palabras clave: independencias africanas; dimensión imperial; Estados-nación; modo de producción; africanidad

The imperial dimension and glimpses of Africanness for thinking about African independences

*Universidad Nacional de Rosario, Argentina.
E-mail: ramirodealtube@hotmail.com
Recibido: 23/3/2023, Aceptado: 12/4/2023

Abstract

A snapshot of Ghana in 2022, as an example of today's African republics, shows us the uniqueness of its path, difficulties in consolidating the Nation-state and sovereignty achieved decades ago, as well as some complex elements whose understanding can be modified if we partially change the perspective, incorporate the imperial dimension and inscribe the process of formal political independence in a long-term view. This implies thinking about the history of modes of production in a different way and highlighting the elements of neo-colonial continuity. This approach may help to understand the traces of the common narrative of the independence leaders that insists on Africanness and African values as a form of cultural resistance and a foundation for the future they were helping to build.

Key-words: African independences; imperial dimension; Nation-states; mode of production; Africanness

*EEUU se basa en una gran mentira. Esa mentira se llama democracia.
El rico tiene derecho a todo, y el obrero, a nada.
Tratan a las mujeres como sirvientas y no dan refugio a los negros.
Propagan la democracia a naciones que entregan sus riquezas por centavos.
Pero si esos países nacionalizan sus minas y fábricas,
EEUU envía su ejército a proteger la democracia.
Agente de contrainteligencia ruso en la película *El juego más frío*,
Polonia, 2019 (dirigida y guionada por Lukasz Kosmicki),
ambientada en 1962, en medio de la crisis de los misiles de Cuba*

*Yo entiendo todo eso del FMI y las críticas,
pero no me vengan a cuestionar a Estados Unidos,
yo estoy con el Imperio.*
Profesora de Inglés, Sala de profesores, Rosario, febrero de 2022

*En América Latina nos quieren imponer
el modelo de democracia diseñado por los Estados Unidos,
y al que no acepte entrar por ese carril,
lo acusan de populista radical, terrorista y dictador*
Hugo Chávez Frías

El día 28 de febrero se conmemora el aniversario, en Ghana, del asesinato por las fuerzas represivas del Imperio, de tres combatientes africanos en la Segunda Guerra Mundial que reclamaban, en 1948, el cumplimiento de las compensaciones prometidas por ese mismo Imperio para que los soldados africanos participen militarmente en la defensa frente al nazismo. “Los tres,

el sargento Adjetey, el cabo Attipoe y el soldado Odartey Lamptey, todos miembros del entonces regimiento Gold Coast de la Royal West African Frontier Force, fueron asesinados por la policía colonial mientras marchaban pacíficamente hacia el castillo de Christianborg para presentar una petición al entonces gobernador, sir Gerald Creasy...” (GNA 2022). El año pasado, el vicepresidente en funciones junto con una diversa cantidad de organizaciones y personas (entre las que destacan la Asociación de Veteranos de guerra, jefes tradicionales y familiares de las víctimas) participaron del acto de conmemoración “del incidente que precipitó la lucha por la independencia del país”. El presidente no participó. Este es un ejemplo de los mecanismos a través de los cuales la guerra favoreció el desarrollo de las independencias.

Más de seis décadas de aquel momento originario de los Estados-nación subsaharianos nos muestran esta conmemoración como foto relevante junto con otras imágenes que podemos ver en un breve pantallazo por el medio de prensa citado. La Ghana News Agency -fundada el 5 de marzo de 1957, “en vísperas de la independencia” y que “se encargó de difundir noticias veraces e imparciales” sobre la misma¹- nos muestra la presidencia de Nana Akufo-Addo (del New Patriotic Party) enfocada en diversas políticas de forestación, pesca, software, etcétera, que pretenden reactivar una economía “nacional” afectada por la pandemia, al mismo tiempo que mejorar el funcionamiento fiscal del Estado, innovando, por ejemplo a través de un impuesto a las transacciones electrónicas. La economía del país es un ejemplo de la situación del África subsahariana en el contexto del mercado mundial²: es la número 73 del mundo en términos de PBI, con unos 77mil millones de dólares, a la altura de Bulgaria, Croacia o Costa de Marfil (BM 2023) y un gasto público anual cercano a los 18mil millones (MACRO 2023), ésto es, aproximadamente el 10 % del presupuesto argentino. Aunque la superficie de Ghana es menor a la de Ecuador o Uganda, la población calculada con

¹Según una autoreseña de su administración: “Fue la primera agencia de noticias que se estableció en el África subsahariana. GNA era parte de una política de comunicación integral que buscaba aprovechar el brazo de información del Estado para construir un estado-nación viable, unido y cohesivo. Por lo tanto, GNA ha estado operando en el papel único de movilizar a los ciudadanos para la construcción de la nación, el desarrollo económico y social, la unidad nacional y la integración” (tomado de: <https://www.devex.com/organizations/ghana-news-agency-gna-145023>).

²Una situación lo suficientemente homogénea como para pensarla en términos regionales aun cuando muchas veces suelen destacarse en exceso las diferencias entre las macroeconomías de los diferentes Estados, especialmente diferenciando a Nigeria o Sudáfrica.

datos de 2021 ronda los 33 millones de habitantes con una esperanza de vida que ronda los 64 años (FICHA: 1).

En la coyuntura de esta unidad político-territorial y socioeconómica se plantean cuestionamientos a la capacidad de pago del Estado, que el Ministerio de Hacienda sale a refutar mientras los sindicatos aparecen en la pelea por el reparto del valor producido nacionalmente a través de la lucha contra “las disparidades salariales del sector público” (GNA, febrero de 2022). Esta pelea adquiere quizás cada vez más significación en un mundo económico-financiero que desde 2008 atrapa cada vez más férreamente las economías de los Estados periféricos. Aquí, mientras la exportación tradicional de oro y cacao, o la más reciente de petróleo, no alcanzan para mejorar las condiciones económicas del país, el partido opositor NDC (el treintañero National Democratic Congress), el mismo día 28 de febrero de 2022, mientras la conmemoración originaria se lleva adelante, hace una petición a la Commonwealth, para impedir el avance de ciertas calamidades que observa en el país: ataques a ciertos medios de prensa y activistas de las redes sociales, avances judiciales contra algunos miembros del partido, territorios no representados en la República. Tales problemáticas también pueden pensarse desde la dimensión imperial y, por supuesto, no sólo nacional. Aparecen representadas, de la misma manera que en otras tantas partes del mundo, como “violaciones a los derechos humanos” que “erosionan los valores democráticos”. Según la opo, el mismo presidente Akufo-Addo, “surgido como activista de los derechos humanos (...) se ha convertido en un déspota democrático que no admite oposición”.

En toda la extensión del globo se han difundido acusaciones similares que quizás puedan ayudarnos a pensar las relativamente nuevas formas de hegemonía política internacional, en este caso apropiándose de banderas humanitarias. Al mismo tiempo el cuestionamiento del funcionamiento del sistema democrático encuentra una terminología, como vemos, tan sorprendente como a la que estamos acostumbrados en América Latina en la última década. El reclamante Sr. Johnson Asiedu Nketia, Secretario General del Partido opositor, explicaba que era “(...) importante para la Commonwealth seguir de cerca la situación política y de los servicios sociales, ya que la promoción y protección de los derechos humanos, la democracia y las libertades fundamentales es un valor central de la Commonwealth (...)” (GNA 2022). Destacamos aquí, por supuesto, las referencias terminológicas y el pedido a esta “asociación voluntaria de 54 países independientes e iguales”, para poder pensar las dinámicas de continuidad de lo imperial en este caso en el área de influencia tradicional del antiguo Imperio Británico.

¿De qué manera y en qué marco pensar y comprender las independencias políticas africanas formales y la construcción de tantos nuevos Estados-nación luego de la segunda posguerra? ¿De qué forma unir en este caso las perspectivas teóricas (en tanto marco de pensamiento que ayude a la comprensión) y las prácticas (cuanto menos como acción interpretativa)? Hemos tendido a hacerlo desde algunos esquemas de interpretación que quizás haya que modificar, por lo menos en parte. Muchas veces las inscribimos en una mirada teleológica que las entiende como necesidades históricas del desarrollo y el progreso; otras veces ponemos énfasis en la agencia y destacamos la impronta de los pueblos africanos en la búsqueda de tal independencia. Por supuesto cada una de las miradas aporta algo a la reconstrucción intelectual, como explicita por ejemplo el último libro de Custodio Velasco Mesa, catedrático de la Universidad de Sevilla, bajo el título “Las independencias de África. De las primeras resistencias anticoloniales a la formación de los nuevos Estados” (2019). Allí se observan contraposiciones entre la civilización europea y los reclamos africanos respecto de la igualdad, la libertad y los derechos humanos universales retomados como emblemas revolucionarios en el marco de un proceso intercontinental, así como las complejidades de lo nacional “dentro del complejo caleidoscopio que componía los territorios”, se asocia pertinentemente “las secuelas que se hacen sentir en la actualidad”, se “analiza las independencias con una perspectiva de ‘larga duración’” y se aprecia que: “las independencias fueron tanto conquistas de las sociedades africanas como el resultado de reconsideraciones de las metrópolis acerca del mantenimiento de sus dominios coloniales”. Pero la cuestión es que, más allá de la dialéctica de agencia y determinación o de la fructífera unidad de lo diverso y la complejización necesaria que tanto aportan a la comprensión, muchas veces seguimos atados a cierta naturalización de los Estados-nación, por un lado, y a su entendimiento como lo opuesto de lo colonial o imperial, por otro. Y si la reivindicación de las banderas de la revolución francesa ha sido sustantiva entre las ideas-fuerza que movieron el proceso “de liberación” en diversas regiones del globo, eso no significa que los Estados-nación posteriores tengan que ser aceptados como la reificación de tales nociones en oposición a las tendencias de sometimiento colonial. Además, hay que profundizar la explicación del hecho de que fueron las mismas potencias coloniales las que propiciaron el surgimiento de los nuevos Estados. No podemos seguir hablando simplemente de “independencias”.

Encontramos problemática la forma en la que se ha pensado muchas veces el proceso histórico de formación de los diferentes Estados-nación en los que

está dividido el planeta. Ha predominado una mirada heredera de “las luces” y de la revolución francesa en la que la libertad e igualdad de los pueblos subrayan excesivamente la autonomía, algo que puede pensarse incluso como una hipérbole del propio sustento ideológico del sistema político: la lucha de las “naciones” (lo que incluye la potencia histórica de formación de las mismas) por su “madurez” y su hacerse sitio en el marco de la modernidad. Decía Walter Rodney (1982: 265-7) que “A la par con los infundados alegatos de una modernización socioeconómica, los defensores del colonialismo esgrimieron la idea de que el régimen europeo había traído a África la emancipación y la superación política” pero resultó que “el capitalismo de las metrópolis” había establecido en el plano político “las constituciones, la libertad de prensa, los parlamentos, etc [aunque] como explicaba Jules Ferry, un antiguo ministro colonial francés, la Revolución francesa no se había hecho en nombre de los negros de África”, todo lo cual nos acerca a entender la libertad, la igualdad y la fraternidad como capitales culturales del Imperio.

Lo anterior, a su vez, está teñido por una idea - también distorsionada por exageración - acerca del capitalismo como entidad suprema, como forma indiscutible de organización del mundo actual. El capitalismo ha creado una imagen del mundo en la que su propia existencia es la que define la impronta de la historia contemporánea, algo que incluso en Marx se presenta como la subordinación al capital de todos los modos de producción previos. Pero esa quizás sea también una parte de una mirada relativamente errónea que actúa como forma de legitimación y ocultamiento de la manera en la cual el capital utiliza a los modos de producción que lo precedieron, mientras éstos constituyen -siempre ocultada su relevancia- no un resabio sino engranajes centrales de la reproducción socio-histórica. En esa dirección traemos a Claude Meillasoux quien ha sabido destacar las modalidades de reproducción cuestionando la capacidad hermenéutica del concepto de “modo de producción” entendido de manera aislada, es decir, cuando se lo antepone a la reproducción (Meillasoux 1990). También ha sabido destacar la continuidad del “modo de producción doméstico” en todas las formaciones sociales que lo han subordinado (Meillasoux 1977)³.

³Creemos posible pensar que, como resultado de las diferentes transiciones al capitalismo, en el mismo sentido del antropólogo francés (1925-2005), los modos de producción previos han resultado subordinados, incluso en términos de subsunción formal y real (Marx 1972) pero ocupando un lugar de relevancia en la construcción posterior, relevancia ocultada por el propio modo de producción dominante y su formación social. La dinámica histórica ha tendido a esta incorporación opacada ideológicamente, no sólo del

Creemos necesario tener en cuenta que el nacimiento del modo de producción capitalista, entendido como resultado de la revolución industrial y como predominio de las relaciones capital-trabajo asalariado, así como la difusión de esta nueva forma a todo el globo, han venido acompañados por una continuidad o reforzamiento metamorfoseado de elementos históricos previos, entre ellos la República como forma de organización política de los Estados. Tal continuidad adaptada, tal utilización de lo previo, puede pensarse como una potestad del capitalismo en tanto fuerza motora histórica, dependiente de su albedrío, digamos, o de su capacidad como fetiche socio-humano (constructo que se impone parcialmente a sus productores). Pero también como un límite del desarrollo del nuevo modo de producción que no resulta tan revolucionario como decía ser. Desde distintos puntos de vista quizás hayamos subrayado demasiado la novedad y “contundencia” del capitalismo, su transformación económica, política y cultural. Quizás no hayamos podido ver con claridad sus límites y las implicancias de su imaginario (Hobsbawm y Ranger 1983). El capital ha nacido en el marco de un proceso histórico muy previo, del que queremos destacar por un lado el Renacimiento, y por otro, la construcción de largo plazo del (nuevo) imperio occidental, a partir de fines del siglo XV. Quizás, toda la revolución del capital, por supuesto innegable e incluso incomparable, ha venido caminando de la mano con la subestimación de los elementos históricos previos que han quedado subordinados en él pero con relevancia actuantes⁴.

modo de producción inmediatamente anterior sino de todas las modalidades anteriores, habida cuenta que las mismas estaban ya incorporadas en el modo inmediatamente anterior. Creemos que la continuidad metamorfoseada de los modos de producción previos en cada formación social nueva responde, por un lado, a la sustancialidad de los mismos como sociedades alienadas, es decir, de clases opuestas polares cuya lucha marca su motor, y por otro - y más importante -, al hecho de que la transición y su transformación en un elemento subordinado de una formación que los utiliza en su nueva construcción, no resuelve de forma históricamente definitiva las contradicciones que existían en la modalidad anterior sino que las incorpora subordinadas y metamorfoseadas en la nueva entidad. Dicho de otra manera, la forma de resolver las contradicciones previas es subordinándolas en el marco de las nuevas, pero tanto unas como otras siguen existiendo. El ejemplo más claro de lo anterior lo constituye la continuidad metamorfoseada (material pero sobre todo ideológicamente) del modo de producción doméstico en todos los modos de producción que lo sometieron. Y, como dijimos antes, la gran relevancia (ocultada) que éste tiene en la reproducción de todas las formaciones sociales, por lo menos hasta hoy (Luporini y Sereni 1973).

⁴Estamos tentados a decir, todos siguen actuantes para luego ir, en todo caso discerniendo cuál de ellos no, o no tanto.

Desde este punto de vista, el capital se ha convertido, como forma de organización de la producción de bienes, en la locomotora de una entidad histórica que ya estaba construyéndose previamente por siglos, un imperio global de dirección occidental y moderno. Sólo en ese marco se produjo la tremenda acumulación originaria durante el plurisecular proceso de la trata negrera occidental a través del cual, dicho sea de paso, lo racial se introdujo como principio del orden político (¿de qué entidad o unidad territorial?) hasta el día de hoy, con cambios y continuidades en tal racialización (Mbembe 2016)⁵. La acumulación originaria en sus siglos primitivos renacentistas jugó un rol central en la formación de la dimensión imperial contemporánea y a su vez desembocó en las nuevas relaciones de producción y clases sociales inglesas, luego exportadas al conjunto del planeta. Pero el punto de partida de este recorrido, como vemos, no es el capital sino ese mismo Imperio (y/o en él el capital comercial en todo caso) que supo encontrar oportunamente su auge en los siglos XIX y XX. Éste no es un capitalismo imperial sino un Imperio devenido capitalista (Meiksins Wood 2003). Estamos tentados a decir, un Imperio renacentista devenido capitalista, en consideración de todos aquellos elementos del mundo helénico y del Imperio Romano que la nueva expansión occidental moderna supo y sigue sabiendo llevar como estandartes (Young 2013).

En este marco que resalta la continuidad de aquello que el capital y sus formas económica, política y cultural no han podido ni querido revolucionar o dejar atrás, creemos que se pueden ver con mayor claridad las verdaderas novedades, por ejemplo, la construcción de las “naciones”. Pero en ese mismo sentido, los Estados-nación en los que habitamos pueden ser pensados históricamente más como provincias o divisiones administrativas de un Imperio que como formas políticas independientes y autocentradas en su desarrollo. Es necesario poner en primer plano la unidad que enmarca las subunidades. O, cuanto menos, tener en cuenta una dialéctica actuante y determinante en tanto unidad y división. En el mismo sentido, la “independencia” de los Estados-“nación” puede entenderse como un cambio de estatus de regiones enteras que acompaña la creación de esas entidades políticas, su “liberación” o republicanización. En las nuevas repúblicas como sistema muy predominante, las independencias políticas formales han estado acompañadas por la formación de una elite económico y/o política (y/o cultural), al mismo tiempo que por la lucha de los pueblos para ubicar sus respectivos espacios de vida en una posición no (tan) subordinada a los

⁵Para Mbembe, por lo tanto, el tratamiento del negro o de lo negro en el ordenamiento político mundial puede pensarse, a su vez, en diferentes etapas.

intereses (formalmente) extranjeros. Ahora bien, es la consideración de la historia de largo plazo y especialmente la de Asia y África lo que nos permite fortalecer esta perspectiva. Centrándonos en estos espacios -cuya relevancia histórica ha sido disminuida y en el caso de África significativamente negada por los contemporáneos de la revolución francesa (Hegel 1976; Bou 2007)- podemos encontrar elementos de comprensión que luego pueden ser volcados a una interpretación distinta, por ejemplo, de América Latina. La negación de la historia de África no fue sólo ceguera o racismo, fue una de las formas de llevar adelante la gestación de lo nuevo imperial occidental y el aplastamiento de formaciones sociales históricas singulares de gran provecho para la humanidad, es decir, contrarias a la dominación en gestación. En cambio, uno de los factores que hacen a la occidentalización de América Latina tiene que ver, por supuesto, con la colonización muy temprana (en relación al origen del propio Imperio) y con unas Independencias relativamente simultáneas a las constituciones de los Estados-nacionales y las unidades políticas contemporáneas europeas.

Para aportar teóricamente, los planteos hechos por José Santos Herceg (2010) quien fundamenta la perspectiva intercultural en la similitud de los procesos históricos de América Latina y África (especialmente frente a la colonización) quizás pueden ser repensados y disminuida la autonomía de los procesos históricos luego devenidos “similares”. La pertinencia del diálogo intercultural entre los pueblos, con características de “horizontalidad”, parte de la singularidad de su historia pero también de su común incorporación (en diferentes temporalidades) al sistema mundial (Wallerstein 2006) dirigido por Occidente. En ese sentido, todos los pueblos del planeta “no metropolitanos” poseen esa ontología histórica intercultural (Fornet-Betancourt 2004)⁶.

⁶En cambio, creemos, la mirada de Dussel respecto del pluriverso transmoderno se acerca demasiado al occidentalismo y sin querer menosprecia si no la importancia que han tenido las culturas tradicionales sí el rol que las mismas necesitan tener en la actualidad, -a despecho de las buenas intenciones que tengamos de formar una cultura común de toda la humanidad bajo parámetros occidentales-, si consideramos que las contradicciones del proceso histórico que la subsunción de las culturas tradicionales en la “vanguardia” occidental ha significado dejar postergado, ocultado, desviado el camino propio de los pueblos subsumidos. Tales encrucijadas históricas no pueden resolverse “saltando etapas”, solucionando desde arriba y llegando a un pluriverso, salvo que cada una de las culturas despreciadas por Occidente pueda retomar su camino o, más bien (pues nunca lo han dejado de caminar) que los recorridos propios sean reconocidos como libres e iguales, algo que el Imperio no ha estado dispuesto a hacer en estos más de 500 años de historia. En todo caso, quizás un liderazgo no occidental del actual Imperio capitalista acepte recorridos de otra índole, eso está por verse, aunque claramente negaría la forma hasta

Sobre esa base puede pensarse que la colonial es una de las etapas, la imperialista otra (coincidente en África con el período colonial) y la de las “independencias” otra, aquella que le da a las divisiones administrativas de lo imperial un nuevo estatuto de soberanía política formal, en tanto aceptan las formas estatales más cercanas a las de las metrópolis, pero sobre todo renuevan su incorporación al entramado reticular del capital financiero (Lenin 1974) y la plasmación interna de un concepto de soberanía definido en Europa durante siglos de contractualismo y más especialmente durante la Ilustración. Se dice que los aportes de la Paz de Westfalia en el sentido de una soberanía exclusiva de cada Estado sobre su territorio y el establecimiento, sobre esa base, de los congresos diplomáticos modernos, marcaron las relaciones de Occidente con sus periferias. Desde muy temprano en el siglo XIX encontramos la firma de acuerdos o tratados de soberanía con jefes africanos en los que se aplica esta conceptualización. El centro firma acuerdo con unidades individuales, sólo el centro tiene la potestad de establecer unidades más amplias, regiones de su imperialización. Esta dinámica será típica de lo que Coquery-Vidrovitch llama “período de incubación colonial”, entre 1850 y 1880 (García Moral 2016). Las unidades regionales mayores establecidas por Occidente durante el reparto, ocultan y se superponen con una dinámica de mayor potencia que volverá a aparecer luego de la Segunda Guerra Mundial.

La ideología liberal y el énfasis en la “independencia” que deriva del concepto moderno de soberanía ayudan a invisibilizar los hilos de esta dimensión unitaria que trasciende la formalidad. Pero hay algo más, creemos de importante potencia: en los últimos dos siglos la tendencia fenomenológica más relevante que acompaña justamente la formación de los nuevos Estados soberanos ha sido la desarticulación de todas las unidades políticas suprarregionales, es decir, de todos los “Imperios” precapitalistas y que perdían terreno durante el siglo XIX, proceso que terminó de resolverse entre las dos Guerras Mundiales con la desestructuración del Imperio Chino y el Otomano, entre otros. Estamos hablando de una trama de lo imperial construida sobre la desestructuración de los imperios, una entidad que fue transformándose dirigida económicamente por el capital financiero (en el sentido de Lenin) más concentrado y, políticamente, por la relación de fuerzas hegemónica entre las principales potencias contemporáneas, a través de diferentes instituciones. A través de “las grandes fuerzas del cambio mundial” como las llama el historiador británico C. A. Bayly (2010) la

ahora desarrollada. El propio Imperio chino en su momento ha establecido otras formas de relación con sus periferias.

desarticulación de todos los Imperios previos fue necesaria para el desarrollo del Imperio del capital.

Bayly supo destacar “la creciente interconexión y uniformidad” desarrollada durante el siglo XIX, luego la desestructuración de los grandes imperios en los albores de la primera guerra, la “brutal subyugación de África” y el avance territorial occidental coincidente con el período imperialista de Lenin. Y llama la atención también sobre la combinación de dominio físico con dependencia ideológica: “Los conceptos, instituciones y procedimientos pulidos a lo largo de las feroces guerras y contiendas entre europeos se convirtieron en controladores y en ejemplos a seguir para los pueblos no europeos” (Bayly 2010: XXV). La conjugación de interconexión extendida con fortalecimiento hegemónico del poder (económico, político y cultural), “vertical” y jerárquico *quid obvious*, nos permite seguir las huellas de la dimensión innegable de lo imperial en su etapa capitalista.

Si avanzamos un poco en el tiempo, el historiador Josep Fontana también supo romper el velo de las presunciones hegemónicas en su libro “Por el bien del Imperio” (Fontana 2011) donde nos dice respecto de la Guerra Fría: “Cuando se comienza a ahondar un poco más en el conocimiento de estos años se van encontrando una serie de documentos y testimonios que cuentan otra cosa, y que mueven a pensar que el objetivo fundamental de la guerra fría fue en realidad, por una y otra parte, el de asegurar y extender a escala mundial un determinado orden político, económico y social, disfrazándolo como un combate entre «el mundo libre» y el «socialismo». (...) Desde el primer momento estuvo claro que para asegurar el funcionamiento de este sistema se precisaba mantener un clima de estabilidad política internacional bajo una hegemonía norteamericana. (...) Lo cual explica que haya seguido siendo necesario utilizar todos los medios del poder político y militar acumulado después de la segunda guerra mundial para proseguir la tarea de asegurar el triunfo del sistema «de libre empresa» bajo una hegemonía política y económica norteamericana, asegurada por la existencia de 865 bases militares distribuidas por todo el mundo, sin contar las que existen en zonas de guerra.” (Fontana 2011:9). Respecto de la característica de esta hegemonía, el autor destaca documentación donde se denunciaban “las «fuerzas de inquietud y de resentimiento hacia Occidente» que existían en los países que, “habiendo accedido a la independencia, se obstinaban en mantenerse no alineados” y explica que esta desconfianza llevó por ejemplo al asesinato de Lumumba en 1961 pero también al patrocinio del golpe de Estado de Suharto en Indonesia (1965), origen de “una de las peores matanzas del siglo XX”. A su vez, la imposición de dictaduras y

el derrocamiento de las democracias latinoamericanas así como la bandera de lucha por un “mundo libre” contra el enemigo común del “imperio del mal”, permite a Fontana desmontar la otra ficción: “Esta parte del discurso legitimador de la guerra fría era tan falsa como la que se refería a la lucha por la democracia.” La democracia no tiene una sola significación histórica y la significación imperial es una de ellas.

En el largo plazo de gestación de un imperio de dirección occidental (incluso en el sentido de hegemonía de Gramsci), en el cual el capitalismo se convirtió “tardíamente” en modo de producción dominante, las Repúblicas metamorfoseadas en modernas, surgidas como contestación frente a las monarquías “feudales” (precapitalistas) europeas, se transformaron en la forma de organización política predominante de las diferentes regiones incorporadas al Imperio. En ese camino la(s) metrópoli(s), sabemos, consideraron que la transición política a tales “Estados” modernos no estaba habilitada en cualquier caso ni de cualquier forma. ¿Podemos seguir aceptando ingenuamente que el motivo de tales restricciones era, como el discurso oficial pretendía, la necesidad de capacitar a los pueblos que pretendían tal “evolución”? Y si es así, ¿en qué sentido era necesaria tal formación?, ¿vamos a bancar el cliché de las “naciones más desarrolladas” ayudando a “naciones menos desarrolladas”?, ¿qué otra significación histórica podemos adjudicarle a estas transiciones?, el liberalismo político, ¿se ha convertido en sí mismo?

Más allá de que son muchos los motivos por los que podemos, empíricamente, cuestionar la independencia de los Estados nacionales, la principal comprobación de la dimensión imperial hoy en día está sustentada quizás por la existencia de la que podemos denominar aquí red de producción, concentración, circulación y succión de plusvalor, lo que constituye en términos de reproducción del capital una verdadera locomotora, representada por las poco más de centenar de inmensas empresas “multinacionales”, la mayoría todavía de cabeza occidental⁷.

⁷Como supieron destacar los escritores de la revista Análisis de Coyuntura, 147 corporaciones, la gran mayoría de ellas de asiento en Europa y Estados Unidos, asociadas y organizadas, lideran la producción capitalista actual ocupando el rol de locomotora del conjunto. (Cuba Debate 2012). El estudio que cita el periódico cubano de ese año fue resultado de una investigación de Stefania Vitali, James B. Glattfelder y Stefano Battiston, investigadores de la Universidad de Zurich (Suiza) quienes publicaron su trabajo bajo el título “La Red de Control Corporativo Global” (*The Network of Global Corporate Control*) en la revista científica PlosOne.org. Luego de analizar el comportamiento de unas 43 mil corporaciones transnacionales y su trama de negocios los elaboradores del estudio llegaron a las siguientes conclusiones: “Un pequeño grupo de 147

Ellen Meiksins Wood en su “Imperio del Capital”, significativamente en el subcapítulo sobre Globalización, nos habla de la larga duración de la incorporación de los estados nacionales al imperio, tomando el caso muy reciente de Timor Oriental y su paso por diferentes etapas incluyendo el “reemplazo de la colonización europea directa (...) por un dictador local, el indonesio Suharto, que fue de utilidad para Occidente (...) y finalmente, un estado nacional independiente (...) que estando todavía en gestación, ya era sometido a nuevas presiones de parte de Occidente” (Meiksins Wood 2003:157). En ese mismo capítulo la autora nos habla de potencias imperiales, de la deuda como principal instrumento del nuevo imperialismo, de economías imperiales y poder hegemónico imperial, considerando las diferentes etapas contemporáneas del mismo. “El inicio formal de este nuevo orden imperial puede fecharse con bastante precisión, durante e inmediatamente después de la guerra. Los EEUU afirmaron su supremacía militar con sus bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki y su hegemonía económica con el establecimiento del sistema de Bretton Woods, el FMI, el Banco Mundial y, un poco después, el Acuerdo General de Aranceles y Comercio (GATT) [...] A estas instituciones económicas globales las acompañaba una organización política, las Naciones Unidas [...] que desempeñarían un papel en el mantenimiento de alguna apariencia de orden político en un sistema de múltiples estados, ya que su propia existencia desalentaba formas de organización internacional menos atractivas para las potencias dominantes”. (Meiksins Wood 2003:158).

En este contexto podemos repensar la disyuntiva planteada por Meillasoux al respecto de que un modo de producción (específicamente el caso del capitalismo) “parece poder acomodarse a modos de reproducción diferentes”, perspectiva que le permitió acercarse a las diferentes formas de reproducción de la clase trabajadora, comparando un proletariado “integrado” con otro “migrante y temporario”; tal disyuntiva puede resolverse comprendiéndolos como clases asalariadas de diferentes regiones de una entidad amplia, una más típica del centro, otra de la periferia. La lógica del capitalismo considerado en términos nacionales ha entorpecido

grandes corporaciones transnacionales, principalmente financieras y minero-extractivas, en la práctica controlan la economía global (...) la tela de araña de la propiedad entre ellas forma una “súper entidad” que controla el 40 por ciento de la riqueza de la economía global. El pequeño grupo está estrechamente interconectado a través de las juntas directivas corporativas y constituye una red de poder que podría ser vulnerable al colapso y propensa al “riesgo sistémico””. *Coyuntura de África*, n° 1, primer trimestre de 2020, en <https://coyunturadeafrica.blogspot.com/>. Véase también Revista Análisis de Coyuntura, en <http://www.analisisdecoyuntura.com.ar/>.

nuestra comprensión: no puede haber lógicas “idénticas” entre los mercados internos de centro y periferia porque la relación capital-trabajo ha sido insertada en una organización territorial y (supra)estatal jerárquica, en una estructura “superior” que ha tomado al capital como palanca y locomotora. Por ello, no hay lógicas que le deban nada a las del centro, hay desarrollo capitalista diferente de acuerdo a la región del sistema que estemos considerando. No todas las regiones del Imperio asumen o desarrollan el capitalismo de la misma manera. Está claro en qué sentido un modo de producción general puede convivir con diferentes modos de reproducción, de la misma manera un modo de reproducción general utiliza diferentes modos de producción (si los consideramos regionalmente) en su provecho.

Si hemos de dar sentido a la macrohistoria como entidad de comprensión en la que los procesos históricos constituyen el principal objeto de estudio y en el que inscribimos luego acontecimientos, problemas, etcétera, toda la trama anteriormente mencionada debe ser tenida en consideración. ¿Podemos hablar de un modo de producción imperial? Sería importante avanzar en ese sentido. Muchas de estas cuestiones las había pensado el “adversario” teórico de Meillasoux, el gran Samir Amin, del cual también tenemos mucho que aprender. El espanto de sabernos individuos de un Imperio (es decir súbditos) (Mamdani 1996) incluso más que ciudadanos de una república o, lo que sería una mejor forma de establecerlo, de sabernos súbditos en tanto ciudadanos (algo que los movimientos milenaristas del paso del siglo XIX al XX tenían bastante claro cuando demonizaban a las repúblicas), se puede aliviar un poco si hablamos de Imperio Financiero en vez de Imperio a secas, pues todos hemos tenido que aceptar que el poder financiero (malo, malo, frente al industrial) es innegable e incluso, digamos, inevitable.

Por supuesto, no es posible negar que, en la dirección mencionada, acercarse a modalidades de funcionamiento “metropolitanos” fue también una lucha que forjaron las propias “provincias”, más o menos periféricas, de “los Imperios”⁸. Fue y es parte de la integración de los pueblos en una entidad integral a escala global. La existencia histórica de las independencias políticas formales no es resultado sólo de la hegemonía de la Ilustración, así como tampoco la irrefrenabilidad de las Independencias es resultado de la hegemonía del positivismo en el mundo contemporáneo occidental. Seguramente articulan la trama de las formaciones sociales previas a la subsunción y a la transición al capital, es decir, la lucha de los pueblos

⁸Por supuesto que tal transformación posee otras muchas dimensiones.

por su autodeterminación. Se trata, también, de compensaciones, cuanto menos, al respecto de la soberanía. La extensión cuasi universal de la ciudadanía y de las repúblicas pueden ser pensadas en el recorrido de largo plazo y a sabiendas de la artificialidad de lo estatal-nacional (Hobsbawm 1998) como una manera de “resolver” la vitalidad legendaria de los pueblos originarios, en permanente reconstitución, en reivindicación de su propio derecho al autogobierno y de su propia historicidad, es decir, de alguna manera, la vitalidad de las formaciones sociales que han sido subsumidas hace más o menos tiempo y “capa sobre capa”. Siempre podemos repensar los procesos contemporáneos teniendo en cuenta las consideraciones anteriores. En el caso de África el pasaje a las independencias políticas formales se avizó históricamente luego de la Segunda Guerra Mundial. Joseph Ki Zerbo (1922-2006) ha sabido establecer en su momento cuáles fueron los motores del proceso en términos de agencia, por ejemplo en “El despertar del África negra o la historia comienza de nuevo” (Ki Zerbo 1980). Sus planteos son adecuados para el marco que estamos proponiendo: “El nacionalismo africano no debe ser asimilado a los sentimientos chauvinistas que en numerosos países europeos atrajeron a varias corrientes de opinión (...) en nuestro caso se trata de un verdadero despertar nacional, del risorgimiento de una personalidad que intenta formarse oponiéndose al poder establecido” y tiene su origen en el período colonial al que las “nuevas circunstancias históricas le conferirán una amplitud revolucionaria” (Ki Zerbo 1980:705). Tal personalidad, se nota, late desde el pasado de larga duración. Si en 1940 sólo Liberia era formalmente independiente, en 1963 veintinueve estados africanos “han accedido a la independencia”, es decir, fueron establecidos como nuevos Estados. Dentro del África subsahariana la movilización que se hacía nacionalista encontraba activismo en los sindicatos, en intelectuales de diverso pensamiento (que podemos pensar orgánicos a la independencia), entre los estudiantes, los jóvenes y las mujeres, un criterio de análisis que el autor destaca y que es importante no olvidar, para tener en cuenta cuál fue la fuerza social conformada y de qué manera pudo establecerse, desde dónde. La participación de las Iglesias, de destacar especialmente, es otra relación profunda entre los acontecimientos de la posguerra con tendencias culturales de mayor plazo.

El historiador italiano, Gian Paolo Calchi Novati (1935-2017), académico de diversas universidades (entre ellas Boston), supo plantear en su momento que los principales factores productores del nacionalismo africano -a los que ponía en un pie de igualdad- eran: 1) el mismo imperialismo colonial a través de la “occidentalización forzada producida por la ocupación”,

2) las repercusiones de las dos guerras mundiales y 3) la difusión de las teorías revolucionarias. Todo ello confluía en “la toma de conciencia nacional de los pueblos negro-africanos y en su reivindicación de la independencia como premisa de modernización” (Calchi Novati 1970:27). Es interesante tener en cuenta la “contradicción” de la occidentalización en el sentido de que incluye “juiciosamente” el camino a la autodeterminación, es decir que -como señalan muchos autores- la etapa colonial, en tanto difunde inevitablemente en África los valores de la dirección civilizatoria, establece un camino “teleológico” hacia la independencia de los pueblos, teleología de la que hablamos al inicio. “Pero”, dice el autor italiano, “al ocurrir el encuentro (!) bajo el signo de la dominación, en las formas de la administración indirecta o de la asimilación, las cualidades de las sociedades sometidas no podían desenvolverse plenamente” (Calchi Novati 1970:26). Destacamos esta idea porque va en la dirección de aquellos caminos históricos (políticos, económicos, culturales) distorsionados, interrumpidos, desviados por la colonialidad y que reaparecen con potencia en el momento de las “independencias”. Calchi Novati continúa: “de aquí la necesidad de una completa recuperación de las propias responsabilidades empezando con la de la soberanía”. Subrayamos el “de aquí”, entendido como “por este motivo”, donde hay una apelación a la historia peculiar de los pueblos, en letanía por la colonización y distorsionada por una occidentalización formal, que aparece como motor de las independencias, incluso como forma de las mismas. Cuando se vincula el tándem colonización-independencia con la difusión de las teorías revolucionarias en el continente, Gianpaolo lo articula de la siguiente manera: “la colonización no cambió la dirección en que los pueblos africanos avanzaban, a pasos más o menos vacilantes; se limitó a cambiar el ritmo de la progresión, que de evolución se hizo revolución”. Quitando el espectro de una teleología, entendiendo la incorporación de cada territorio al sistema-mundo como determinante, agregando que la dirección hegemónica, todo ello no deja demasiado margen de maniobras a los pueblos (exceptuando rupturas excepcionales enmarcadas en las contrahegemonías de la URSS, en su momento, y con límites). La idea del autor no es descartable, muchas veces se ha presentado verificable la dinámica reforma-revolución, aquí sumada a la progresión; recordemos sin ir más lejos que éste ha sido un planteo de los independentistas latinoamericanos (Rubinzal 2020).

También entendemos que se trata de una reacción hacia la dirección metropolitana e incluso de una demanda. Sigue: “Los pueblos africanos asimilaron, deformándolas como es costumbre de los africanos (ha ocurrido así con el Islam, el cristianismo y el marxismo), las teorías aprendidas de los

Europeos. Las nociones de patria, de nación, de soberanía exportadas por los europeos hicieron así que la ocupación colonial llevase consigo los supuestos previos para la ascensión de África a la independencia: una independencia que no podía omitir los datos de la colonización, cualquiera que fuese el grado de adaptabilidad al desarrollo conseguido autónomamente por las sociedades africanas antes de la conquista europea, pero que trató también de establecer una relación más o menos fecunda en el pasado de la historia africana” (Calchi Novati 1970:27). El desprecio hacia las deformaciones africanas ha estado tan difundido que brota por todas partes pero aquí, más allá del orientalismo del autor, quisiéramos contrastar tal deformación con los caracteres de dinámica y flexibilidad del pensamiento tradicional africano (Iniesta 2010)⁹. Por su parte, la relación con la historia africana por un lado y los gérmenes de la independencia en la colonización (una independencia a partir del régimen de dominio) nos permiten resaltar un enlace no lineal entre la historia contemporánea y las etapas previas mostrando que éstas se han mantenido vivas a lo largo del tiempo, es decir que esos pasados siguen siendo presentes en las postrimerías de la segunda guerra. En todo caso el pasaje a las repúblicas independientes no puede ser indagado sin tener en cuenta las contradicciones que semejante modelo importado tiene con la trayectoria no colonial de los pueblos que allí se (re)constituyen.

Terence Ranger hubo planteado en su momento que “el concepto de imperio ocupó un lugar central en el proceso de inventar la tradición en la misma Europa” y que “al desplegarlas en África las nuevas tradiciones adquirieron un carácter peculiar que las distinguía de sus versiones imperiales tanto en Europa como en Asia” (Hobsbawm y Ranger 1983:219), estableciendo lo que entendemos como una regionalización imperial en el plano del imaginario. Y también que, en el marco de “las tradiciones inventadas”, “en África los ingleses utilizaron la idea de la ‘monarquía imperial’ todavía más que en Inglaterra o la India [mientras que] la tarea de los franceses era más difícil porque tenían que incorporar a los africanos a una tradición republicana” (Hobsbawm y Ranger 1983:220), lo que nos muestra algo de las directrices imperiales respecto de los regímenes políticos.

⁹Lo dicho por Calchi Novati hace más de 50 años presupone algo que es interesante, las ideas venidas de la metrópoli gozan de una matriz evolucionada, sus conceptos no son interpretables o incluso no ameritan ser modificados a las diferentes regionalidades, son universales y acabados, objeto en todo caso de buena o mala interpretación. Son superiores. Todo ello, como aspecto del eurocentrismo, puede ser entendido como matriz imperial.

Complementariamente el ya citado Velasco Mesa sigue subrayando que es necesario estudiar las independencias en el contexto de un “nuevo orden mundial marcadamente anticolonial” de la segunda posguerra que hacía imposible “seguir manteniendo los paradigmas clásicos de la dominación” y argumenta para explicar el empoderamiento africano que “el colonialismo trajo consigo el anticolonialismo (...) el malestar ante la dominación imperial y las herramientas teóricas y metodológicas para articular la protesta (...) desequilibrios que, en lo elemental, se advertían en la “natural” superioridad con la que los europeos se situaban ante los africanos (...) oscilando entre el paternalismo y el más abierto racismo, infravalorándolos como ‘pueblos atrasados’ (...) integrados por ‘razas inferiores’ carentes de civilización mecánica, de escritura y hasta de historia”. Muestra así las relaciones entre dominio imperial, racialización, reconstrucción histórica y pasaje a las repúblicas independientes. En la Intro de la Segunda Parte recuerda que en la mayoría de los territorios del África Subsahariana “la independencia se alcanzó mediante procesos en los que primó, sobre la violencia, la negociación entre líderes africanos y autoridades coloniales” (Velasco Mesa 2019:128) La dimensión imperial modifica parcialmente la interpretación de las tramas discursivas principales, la narrativa común de los líderes independentistas del África subsahariana. En el caso de Kwame Nkrumah (1909-1972), recordemos que consideraba el nacionalismo africano como el fenómeno político más importante del siglo y lo vinculaba con su ubicación en el sistema: “Jamás en la historia un anhelo de libertad tan arrollador se había expresado en grandes movimientos de masas como los que están abatiendo los bastiones del imperio” (Nkrumah 1965:9), un levantamiento que compara con un “huracán enfurecido” que derrumbaría el orden establecido y en el que incluía tanto a África como a Asia. La lucha en defensa de la democracia, los derechos y la dignidad del ser humano, el rechazo a la servidumbre, etcétera, crucializadas por las guerras mundiales, habían favorecido, según este principal referente de las independencias africanas, un espacio histórico amplio de liberación, de tal manera que la crisis del Imperio favorecía la lucha en las periferias, como parte de un “siglo revolucionario”. Destaquemos también, como parte de su radicalidad, las ideas de “libertad total” y “emancipación absoluta” referidas especialmente a África, nutriente desde donde nace “el objetivo de la unión política de los Estados africanos”.

El cuestionamiento de la relevancia de los matices existentes en los modelos colonizadores asimilacionista e indirecto le sirve a Nkrumah para desarrollar la historia del imperialismo europeo, tomando la perspectiva

leninista, como una hermenéutica revolucionaria desde la cual piensa las consecuencias de la colonización: “la miseria en que estaba el país después de largos años de gobierno colonial” pero también, significativamente, su vínculo dialéctico con algunos componentes negativos de la propia cultura (en sintonía con lo que vimos antes de Calchi Novati): “Había arrabales sórdidos y privaciones en nuestras ciudades, supersticiones y ritos antiguos en las aldeas”, que ponían importantes límites al desarrollo. Tales “taras” resultan asociadas con problemas de despegue: “En todo el país, grandes extensiones de tierra virgen yacían incultas e inhabitadas, mientras las enfermedades derivadas de la mala alimentación hacían estragos entre el pueblo”, aunque en medio de ese juncal frondoso se percibía la semilla de lo singular: “nuestros fundamentos y nuestras necesidades” (Nkrumah 1965:15).

La singularidad y relevancia del proceso revolucionario en la periferia del globo posee una gran amplitud ontológica e histórica que lo sustenta. Sin embargo, para deslindar “el fundamento africano” Nkrumah parte de la ruptura temporal que significó la trata negrera, impulsada por el “hemisferio occidental” y directamente relacionada con la “acumulación de capital”, proceso que es la causa más que la consecuencia del “mito de la inferioridad del color”, enfatizando que “la esclavitud no nació del racismo: más bien, el racismo fue consecuencia de la esclavitud”. Así pone la cuestión de la explotación del continente en estrecha relación con la racialidad. Luego, en la etapa de transición del siglo XIX, su incisión nos habla del surgimiento de la “escuela de ‘antropólogos imperialistas’ (...) cuyos miembros actúan todavía hoy” y que impusieron la idea de que: “Todo lo valioso que se descubre en África” se debe “a la influencia de algún grupo supuestamente superior del continente o a la de pueblos de fuera”, contando a lo sumo la excepcionalidad de algunos desenvolvimientos: “Se esquivo o se niega la posibilidad de que África pueda haber ejercido influencia civilizadora sobre otros pueblos”. Frente a tales políticas culturales Nkrumah reivindica los estudios del afro-trinitario Eric Williams (1911-1981) y luego, en su recuperación de las sociedades africanas previas a la trata (empezando por Gana) recuerda los testimonios recopilados por el periodista británico Basil Davidson (1914-2010) en los cuales se habla de “un mundo comercial quizás más rico que cualquiera de los que Europa conocía” y de “tolerantes y sensatas civilizaciones” (Nkrumah 1965:19). Es decir que aún puesto el énfasis en la etapa de expansión occidental el contraste con los reinos previos al siglo XV está presente.

Nkrumah agrega a esos relatos sus propios destaques. Como consecuencia de la depredación de siglos, la huella de las sociedades africanas fue fuertemente borrada: “Se perdieron mapas preparados en Europa que llevaban los nombres de Malí y Songay. Se permitió que quedaran bajo el polvo y se desintegraran los archivos de los reinos africanos. Se borró la memoria de las hazañas de Estados que habían manufacturado el hierro y el oro, y desarrollado un lucrativo comercio internacional.” (Nkrumah 1965:25) Todo ello, como queda claro, se inscribe en la larga temporalidad que hemos planteado antes. La modalidad de incorporación del continente a la entidad socio-económica, política y cultural dirigida por el hemisferio occidental hizo desvanecer el fundamento africano. Ese fundamento en Nkrumah aparece subordinado, postergado y mediado, más adelante, por el reparto imperialista desde fines del siglo XIX, estableciendo una relación entre la voracidad, la virulencia de la colonización y la importancia de la debilitada africanidad. Por ello la potencia (necesitamos decir cultural) africana es profundamente historicista, moderna, contestaria y unitaria: “No se tuvieron en cuenta para nada los derechos de los pueblos indígenas. Se confirmaron los límites territoriales o se establecieron otros nuevos, de acuerdo con la reciente ‘repartición’, de modo totalmente arbitrario. No tenían relación alguna con las realidades étnicas. En muchos casos, los límites atravesaban territorios tribales e incluso aldeas. Todavía persisten problemas derivados del cínico parcelamiento de África y sólo pueden quedar resueltos por la unión continental.” (Nkrumah 1965: 28). La unidad histórica resalta. Al mismo tiempo ocupa un lugar importante la necesidad de construcción de una fuerza social y política independentista y, al investigarlo, sólo podemos ensayar una historia de las ideas que se estrecha con la lucha de los pueblos oprimidos, la crítica social y el anticapitalismo. Por ello no es casual que, más adelante, el líder panafricano reivindique la nacionalidad africana para todas las personas del mundo con ascendencia continental: “Todos os povos de descendência africana, quer vivam no Norte ou no Sul da América, nas Antilhas ou em outra parte do Mundo, são africanos e pertencem à nação africana” (Nkrumah 2018).

En otras intervenciones de la coyuntura la temática es similar pero la forma en la que se piensa lo africano aparece con mayor claridad, aun cuando no constituye un ariete visible sino más bien la potencia fijada en la retarguardia: “Los críticos de la unidad africana a menudo se refieren a las amplias diferencias de cultura, lenguas e ideas en varias partes de África. Esto es cierto, pero permanece el hecho esencial de que todos somos africanos y tenemos un interés común en la independencia de África. Las

dificultades presentadas por las cuestiones de la lengua, la cultura y los diferentes sistemas políticos no son insuperables. Si la necesidad de la unión política es acordada por todos nosotros, entonces nace la voluntad de crearla; y donde hay una voluntad hay un camino. (...) Creo firme y sinceramente que con la sabiduría y la dignidad arraigadas, el respeto innato por las vidas humanas, la intensa humanidad que es nuestra herencia, la raza africana, unida bajo un gobierno federal, emergerá no sólo como otro bloque mundial para alardear de su riqueza y fortaleza, sino como un Gran Poder cuya grandeza es indestructible porque no está construida sobre el miedo, la envidia y la sospecha, ni triunfa a expensas de los demás, sino que está fundada en la esperanza, la confianza, la amistad y dirigida al bien de toda la humanidad.” (Nkrumah 1961). La africanidad, los valores de lo africano aunque no sean el fundamento directo del destino histórico, sí lo son de la forma en que las independencias habilitarán ese destino, la salvaguarda de que si ese porvenir llega a cumplirse, será diferente de las construcciones predatoras del Imperio. Una ontología diversa.

En el caso de Léopold Sédar Senghor (1906-2001), los Fundamentos de la Africanidad (Negritud y arabismo), nos permiten reflexiones complementarias. En la introducción del libro el autor retoma el que había sido su discurso en Addis-Abeba durante la conferencia constitutiva de la Organización de la Unión Africana (Senghor 2022) en mayo de 1963 y considera que “lo esencial, más allá de la *politique politicienne*” son “los fundamentos culturales de nuestro destino común” que pensaba destacando especialmente lo africano: “fundar una organización común solamente sobre la base del anticolonialismo es darle una base muy frágil. Porque el pasado colonial no nos caracteriza tanto como africanos. Eso es algo que tenemos en común con todos los pueblos de África y América”. Es ésta una referencia directa que interrumpe la propuesta que hemos visto con Fonet-Betancourt respecto de la interculturalidad, la interrumpe para traer a escena, en el futuro, el desarrollado de aquello africano que la expansión del Imperio Occidental cambió de recorrido. La apelación es muy significativa respecto de tales experiencias históricas de sometimiento: “Eso es pasado, o por lo menos lo será mañana. Es pasado sobre todo cuando se trata de construir nuestro futuro. Ese futuro sólo puede reposar en valores que sean comunes a todos los africanos y que sean, al mismo tiempo, permanentes. Es precisamente el conjunto de estos valores al que yo llamo ‘africanidad’” (Fonet-Betancourt 2004: 7). Ese desapego de lo colonial, también tiene una validez potente en términos políticos, de la misma forma que la lucha contra lo colonial la tiene en Nkrumah. Este desprendimiento intencionado de la marca realizada

por el coloniaje es, desde ya, toda una política cultural y una declaración de lucha. Más allá de haber sido tachada de pactista y, justamente, de “no contestataria”, lo cual quizás sea una verdadera marca ontológica del planteo, literalmente hablando. En términos “teóricos” y situados los valores referidos eran, para Senghor, principalmente culturales aunque condicionados por la geografía, la historia, el etnos y la raza. Por ello cita a Henri Victor Vallois (1889-1981), renombrado antropólogo francés, creador de la conocida clasificación racial, para distinguir tres variables: la raza, entendida como “comunidad física”, el pueblo o etnos, como “comunidad cultural” y la nación, como “comunidad política”. La propuesta conceptual de Senghor es muy importante, además de interesante. La idea de etnos que toma de Vallois incluye las “características de civilización, en particular de lenguas o grupo de lenguas”. Estos conceptos están articulados en el líder senegalés para estimular una idea de una africanidad continental entendida como “la simbiosis complementaria de los valores del arabismo y los valores de la negritud”, una simbiosis que se encargará de fundamentar a partir de un profundo mestizaje étnico luego devenido cultural.

La intervención lleva adelante el estudio de las “convergencias étnicas” entre los diferentes pueblos africanos desde los períodos prehistóricos que darán lugar a “toda un nueva planta de humanidad en África central y austral, la que nosotros nos acostumbramos a considerar, en Europa, como los orígenes del más antiguo paleolítico”. En la misma dimensión cita al paleontólogo y filósofo jesuita (también francés) Pierre Teilhard de Chardin (1881-1955) para fundamentar la relevancia del continente y sustento -al mismo tiempo que fortaleza- de la africanidad: “En verdad es justamente en África donde hay que colocarse para ver lo mejor posible la formación, el crecimiento, la partida y la vuelta sobre sí misma, hasta la saturación del terreno habitable, de la gran ola de pueblos, de técnicas y de ideas” (Senghor 1972: 17).

Cada una de las ideas mencionadas resuena en la coyuntura político-social del proceso de las independencias y los primeros años de la construcción de los Estados-nación africanos. Trascienden desde lo académico y científico; así, reivindica la existencia de las “grandes razas actuales – blanca, negra, amarilla”, además de las “subrazas en todos los niveles que sólo han hecho su aparición en el paleolítico superior, es decir, hace treinta o cuarenta mil años”, bajo la idea de que en tiempos prehistóricos “una nueva civilización es la expresión de una raza, y si no de una nueva raza, en todo caso de un nuevo tipo”. Partiendo de las diferencias físicas (fisionómicas o fenotípicas podríamos decir) cada palabra utilizada

resuena en el momento de su intervención, adquiere un sentido performativo, una inteligencia aplicada a la reubicación del continente y el fortalecimiento de su centralidad: “En verdad el proceso de espaciación – la diferenciación racial por mutaciones cromosómicas – ha empezado en África misma y se ha continuado en otras partes...” (Senghor 1972: 17-19).

En el análisis del período neolítico Senghor avanza a paso firme. Su subcapítulo denominado “Yo soy negra y bella”, rastrea la génesis de los grandes grupos humanos y da a la humanidad, como conjunto, un carácter mestizo que podríamos ubicar también en la interculturalidad de la que hablamos antes: “Concluyamos, pues. Los blancos, como los negros de África son, ante los ojos del sabio, del antropólogo, mestizos, los unos de raza negra y los otros de raza blanca” (Senghor 1972:34) Es la unidad de análisis que las independencias africanas -por influencia directa del coloniaje que las puso “allí”- ubican en el mundo entero y en el nacimiento (diferenciado o no) de las originales sociedades humanas. Desde ese momento da un paso más, estrictamente contemporáneo, en su construcción política, en el que vuelve a combinar la larga duración con la coyuntura: “Desde el punto de la africanidad es importante que a este mestizaje de dentro, intrarracial, se superpone un mestizaje de fuera, interracial” (Senghor 1972:34). En el texto que estamos teniendo en cuenta todo tiene fundamento histórico o, mejor dicho, histórico-cultural porque a paso seguido cita el Cantar de los cantares del Antiguo Testamento donde aparece el título del capítulo referido a la Reina de Saba y allí resalta a los Tres Reyes Magos, uno semita, otro libio, otro negro. Cita una fuente anónima bereber para unir otros dos polos: “En nuestras familias el negro es siempre un mensajero de los dioses. Un signo de bendición” y desde el otro cabo plantea que, en el arte negro: “el blanco es el color de los huéspedes de honor: forasteros, antepasados y mensajeros de los dioses” (Senghor 1972:35).

La disputa entre negros y bereberes (“Bien, cada vez que árabo-bereberes y negro-africanos se han encontrado, muchas veces se han combatido, pero siempre se han mezclado”) le sirve para avanzar todavía más: “Sus parentescos lingüísticos, sin ser una prueba suficiente – la lengua no coincide necesariamente con la raza – confirman los parentescos raciales”. La política “africanista” del autor es clara, favorece la unidad de todos los pueblos del continente, aunque en un sentido diferente que Nkrumah. El mestizaje ha favorecido las convergencias étnicas hasta el punto de que: “Del árabe a las lenguas khoisanas, pasando por el bereber, el egipcio antiguo, las lenguas couchíticas, nilóticas, senegalo-guineanas, bantúes, todas las lenguas africanas forman una cadena sin solución de continuidad, pero cada lengua

constituye un eslabón en la cadena.” (Senghor 1972: 35). Identidad y diferencia en unidad en la reivindicación de una africanidad que une los pueblos negros con los árabo-bereberes. Senghor encuentra en el pasado la resolución de aquellas diferencias que Nkrumah dejaba pendientes para el futuro.

Si el colonialismo, como ideología de dominación, expresaba el desprecio de las razas superiores sobre las inferiores (Kabunda Badi 1996), los líderes independentistas toman ese término tan pesado en el aire, desarticulan el concepto y contestan el oprobio respecto de esa trama discursiva. ¿Ahora que el nazi-fascismo fue derrotado y el Imperio favorece la negación “científica” de la existencia de las razas, los africanos deben aceptar como si nada ese “adelanto” y olvidarse de aquello que articuló la dominación durante décadas y décadas, por no hablar de los siglos desde la trata? Se utiliza el término y se desestructura (se descoloniza) el concepto. La articulación entre raza (como constitución fisionómica), etnia (como comunidad lingüística) y nación (como comunidad política), estará articulada con el siguiente paso que da Senghor en la consolidación de un fundamento africano, el de las “convergencias culturales”. El entramado de la cultura el autor lo piensa a partir de las ideas del sociólogo francés Gustavo Le Bon (1841-1931) como la “constitución mental” de cada pueblo “tan fijada como sus características anatómicas”, directriz que se acerca a lo racial, tanto por la impronta fisionómica como por su vigor. Le Bon derivaba de tal constitución los sentimientos, pensamientos, instituciones, creencias y artes de cada pueblo. Por ello Senghor plantea que la cultura, en tanto “cierta manera propia de cada pueblo de sentir y de pensar, de expresarse y de actuar”, como “constitución psíquica”, explica los aportes civilizatorios de cada entidad social, “simbiosis de las influencias de la geografía y de la Historia, de la raza del etnos” (la mayúscula es del senegalés). Desde este punto de partida conceptual se entiende mejor la insistencia del autor en que “lo africano” sea el cimiento de la estabilidad de las independencias, proceso en el que se fortalecería una comunidad política.

Más allá de las referencias sobre caracterología que Senghor establece sobre los negro-africanos y los arabo-bereberes, es interesante su utilización de la psicología espiritualista del eslovaco Paul Griéger (1916-2009), y el vínculo con el sociólogo francés Georges Davy en su sociedad como “fenómeno de estructuración”, aplicada en África al etnos como “sistema de vasos comunicantes, una red de tendencias que se apoya en un número muy determinado de propiedades fundamentales” (Senghor 1972: 40). Senghor se mete de lleno en las entrañas del Orientalismo. Desde esas

mismas entrañas y desde su propia crítica a las dificultades históricas de afirmación de África, acepta el carácter fluctuante e incluso “introvertido” de los negro-africanos o los arabo-bereberes. Podríamos decir que “no se enoja” con esa caracterización, la utiliza. Para ello aporta a las tendencias estructurantes de lo social y un mecanismo opuesto de compensación, como una dialéctica formal que le permite salir de la condena realizada por la dirección occidental al continente, en las entrañas mismas de la jerarquización de los pueblos. “He hecho demasiadas veces la autocrítica del negro-africano (...) He hablado, aparte de sus riquezas – del alma y del verbo – de su entusiasmo pronto vaciado y de su fuerza de imaginación que demasiadas veces se hace fuerza de fabulación. En cuanto al árabe, para comprenderle hay que subir a la ‘vitalidad furiosa’ que ‘anima al beduino’” (Senghor 1972: 42) La caracterización de este último “subgrupo” la toma del sociólogo (musulmán) argelino Jacques Augustin Berque (1910-1995) quien en “Les Arabes d’Hier à Demain” (Editions du Seuil, París) se refiere al “eterno beduino, el héroe del ante-Islam, el nómada errante y devorado, ‘el parásito del camello’, si se quiere, por falta de algo mejor, pero cuya generosidad, por ser ávida, el coraje, por ser desigual, la fidelidad, por ser astuta, y el cálculo, por ser impulsivo, restituyen una de las figuras más características del hombre” (Berque en Senghor 1972: 43). Jacques Berque ha sido ubicado entre aquellos que, como Maxime Rodinson, han cuestionado cierta unilateralidad y sesgo en Edward Said en su reivindicación de los pueblos árabes (Kramer 2001). Por eso decimos que Senghor se mete de lleno en el debate del Orientalismo, y quiere salir de las críticas a los pueblos africanos desde esas mismas entrañas, desde lo que podemos entender como las contradicciones de la propia africanidad. Dice Senghor, la “riqueza de los fluctuantes (...) explica las contradicciones de los africanos, de los mediterráneos: que se haya podido alabar, en los árabes como en los romanos, el sentido de organización y, en los negros, el sentido de disciplina. ¿Cómo explicar estas cualidades de organización y de disciplina que exigen, a priori, estabilidad y constancia? Ante todo, es necesario hacer intervenir fenómenos de compensación. Toda sociedad está, por definición, estructurada. (...) está organizada y sus miembros están sometidos a una disciplina. Ahora bien: por un fenómeno natural de compensación, la estructura en sentido lato de la palabra, la jerarquía y la disciplina tienen que ser tanto más acentuadas en cuanto el pueblo pertenece al etnotipo fluctuante.” Allí llega a destacar que “paradójicamente, los grandes organizadores y dictadores son nacidos, las más de las veces, o se han afirmado entre los pueblos del Sur” (Senghor 1972: 43). En cambio entre los pueblos del Hemisferio Norte, germanos y

escandinavos, dice, “la disciplina está ligada al sentido de la jerarquía” y a su vez al sentido de “la comunidad”. En el Norte esa disciplina “es natural”. La discusión es por demás interesante, estamos tentados a decir fundamento ideológico de los sistemas de dominación del Imperio en la segunda mitad del siglo XX.

Al mismo tiempo, la cuestión es profusa. Aquí cerraremos destacando 1) la no negación de “la fuerza de emoción del africano” como característica de su personalidad (uno de los elementos del Orientalismo), 2) el énfasis en el carácter “introvertido” de los pueblos “fluctuantes”¹⁰. Los africanos se hallan “excitados por un objeto exterior: ser o cosa” aunque (y aquí está Senghor) “en realidad, se impone al objeto. Porque lo coge en una intuición: en una imagen analógica que (...) informa ‘menos exactamente que la proposición’”. Senghor sintetiza introduciendo la civilización occidental triunfante de la segunda guerra mundial: “En una palabra, mientras una gran parte de europeos y americanos, especialmente franceses y anglosajones, piensan con la cabeza mediante conceptos y esquemas ligados lógicamente entre sí, mediterráneos y africanos, muy en particular árabes y negros, piensan con el alma – yo diría: con el corazón en el sentido de zúmos -, mediante imágenes analógicas, formadas intuitivamente en el estilo del sujeto sintiente-pensante” (Senghor 1972: 45). Recordamos aquí la propuesta de Jean Ziegler en “La victoria de los vencidos” (1988) respecto de la resistencia de la felicidad de los sectores populares del Tercer Mundo. Recordemos también la reivindicación de Galeano, “me gusta la gente sentipensante que no separa la razón del corazón, que siente y piensa a la vez”. Senghor en su escrito valida al etnólogo alemán Leo Viktor Frobenius que combinada también ambas acciones humanas: “en la civilización, es decir, en el sentimiento, la sensibilidad es pensada” (Senghor 1972: 46) .

De la misma manera que el pasaje abstracto o “universal” a la república en su formato importado no garantiza la descolonización política y, por lo tanto, la singularidad del nacionalismo o de los nacionalismos africanos era condición necesaria para un pasaje descolonizado a la nueva forma de régimen político que asumían los nuevos Estados, de la misma manera que esto articulaba con la coincidencia entre Senghor y Nkrumah respecto del carácter panafricano de tal nacionalismo, de la misma forma entonces la desracialización, la explicación de la no existencia de jerarquías raciales entre los pueblos debía ser llevada adelante desde dentro y como parte del proceso

¹⁰Recordemos la “actualidad” del debate en la teoría de la “extraversión” planteada por Jean Francois Bayart.

de liberación, con la potencia y la impronta de la singularidad de aquello que había sido interrumpido y callado (o subsumido) por décadas.

Frente a la manipulación que desde las metrópolis quería establecerse (que significaba desde distintos puntos de vista el tutelaje sobre los Estados-nación nacientes como continuidad evolutiva del período colonial), aparecen la africanidad o los fundamentos africanos de las independencias, parte de un clima de época y de una trama discursiva (política y también de establecimiento conceptual), en torno de la que girarán diversos posicionamientos del liderazgo africano durante el proceso de las independencias. Este marco de pensamiento común pretende descolonizar el pensamiento y forjar la autoidentificación recuperando las tradiciones. Por ello mismo adquiere carácter revolucionario, ha marcado un tiempo del cual los experimentos concretos republicanos pueden haberse luego alejado más o menos pero del cual no podrán nunca indiferenciarse¹¹. La entraña de lo propio no podía venir de fuera, no podía seguir negando la singularidad. Un pasaje a lo republicano o estado-nacional abstracto, ausente de determinaciones singulares, era un peligro de continuidad de lo colonial en tanto vínculo subordinado respecto del Imperio. Dificultada la resistencia en la trama económica e impedido el cuestionamiento del formato del régimen político (ésto bascula con la falta de consenso respecto de un Estado central panafricano), la resistencia se presenta respecto de los fundamentos culturales. En el registro de lo que significaba la difusión de mecanismos capitalistas y republicanos en la segunda posguerra en términos de homogeneización, la reivindicación de lo africano aparece como dispositivo de lucha por las independencias, sustento de las soberanías y, al mismo tiempo, resistencia cultural¹².

Aun cuando la problemática de lo africano fuera el sustrato compartido en tal coyuntura, las respuestas a tal problemática (la especificación de cuáles eran los fundamentos culturales de las independencias), ¿constituyó una base común desde la cual establecer la unidad política?. Parece ser que tales respuestas significaron en ese contexto radical una diferencia importante, por lo menos en el plano de las ideas. La desunión (para hablar con palabras de Nkrumah) remitía, entre otras cosas, a la cuestión de lo que constituía la africanidad, un debate que formaba parte del proceso de reconstitución de la historia africana. Evidentemente la formación de los Estados-nación, aún en su nacimiento, tracciona la constitución de la propia historia y ella remite, de

¹¹La africanidad enlaza aquí con la negritud pero la última expresa otro recorrido más o menos lejano y más amplio.

¹²Ésto último puede verse en Antumi-Toasijé 2011:427-442.

alguna forma u otra, a la sustancia de la población, aunque no sea necesario pensarla esencialmente, por supuesto. La incorporación de un punto de vista imperial sólo es pertinente si es que ayuda a nuestra capacidad hermenéutica para explicar una cantidad de elementos históricos. Tal es el caso, creemos, de la apelación en las independencias a la cuestión de la africanidad. La misma expresa una subjetividad histórica viva, vívida, no subsumida por siglos de relación de fuerzas adversa. Cinco siglos de sometimiento al Imperio no quitaron del mapa de África las mentalidades propias¹³, una vitalidad que es justamente lo más atacado por el Orientalismo (en este caso en su versión africana) al respecto del salvajismo, la irracionalidad, la brutalidad de las costumbres, la inferioridad de las creencias, etcétera.

La apelación a la africanidad es una recuperación de una historia de largo plazo que se declara viva, de las contradicciones históricas que no fueron resueltas, en el sentido de que fueron menospreciadas, en la creencia (típica de la mentalidad imperial la dominancia de otros Imperios) de que las mismas iban a ser descartadas por los propios “nativos”. Se trata de problemas históricos que han quedado “estancados” por el desprecio hacia las subjetividades singulares de las formaciones sociales que se estaba queriendo dominar. ¿Son tales formaciones sociales subsumidas las que han seguida vivas y esperando renacer, tal como dice Ki Zerbo, dándole carácter a las independencias? En todo caso, si no tenemos en cuenta todo ese arsenal cultural que vuelve a discutirse, las “independencias” quedarán entendidas en el marco mucho más estrecho, de la propia modernidad europea, centrada en el mecanismo de los derechos civiles (Mamdani 1996). Sabemos también que este dilema no se expresó sólo ideológicamente sino también en las construcción de poder político en tanto los proyectos independentistas estuvieran o no -alternativamente- apoyados en los jefes tradicionales (a quienes los colonizadores habían dejado cierta estabilización de las creencias tradicionales - incluyendo en ellas la religión y la legislación)¹⁴. Desde otro punto de vista la persistencia y reivindicación de las culturas ancestrales parecen caprichos de los pueblos, muestras de su incapacidad para el

¹³Recordemos lo que planteaba Le Goff respecto de la historia de las mentalidades: “Se sitúa en el punto de conjunción de lo individual con lo colectivo, del tiempo largo y de lo cotidiano, de lo inconsciente y lo intencional, de lo estructural y lo coyuntural, de lo marginal y lo general” (Le Goff 1974).

¹⁴Fue en los círculos de jefes tribales, apoyados en ocasiones por grupos de desposeídos o marginados por la Administración europea, donde se advirtieron las primeras manifestaciones de rechazo al colonialismo ante la evidencia de que la presencia europea constituía una amenaza a sus intereses” (Velasco Mesa 2019: cap. 1).

progreso, algo que está muy presente en el positivismo, en el Orientalismo y también en miradas más progresistas¹⁵.

Quizás podamos encuadrar de otra manera diversos elementos de la historia “independiente” de África. En primer lugar algunos liderazgos de la independencia se han gestado como posibles futuras direcciones de los nuevos estados, no sólo como entidades independientes y soberanas sino también como subdivisiones de una entidad global jerarquizada, garantizando la continuidad de los vínculos subordinados con el mismo. Por supuesto hay que tener en cuenta que la organización y funcionamiento de esta entidad global expresa una combinación de agencia y determinación (fetichista en el sentido que Marx da a la mercancía y el capital), combinación que de no aceptarse modifica nuestra percepción. Cuando nos referimos a fenómenos de la superestructura también actúan determinantes y agencia, incluyendo la construcción de un régimen político. Por otro lado, los nuevos países se han constituido como subdivisiones que encontraron posición en la periferia del sistema y, como marca de nacimiento, muchos liderazgos disruptivos o que no se supeditaban a la negociación con Europa han sido borrados del mapa a través de la violencia armada, obstaculizándolos como caminos alternativos (Sanchez Porro 2016). África hizo la transición a estos nuevos Estados en formato de repúblicas al estilo occidental en los que se organizó formalmente el mundo de la guerra fría, con pocas excepciones como Cuba¹⁶. No podemos pensar en entidades separadas, el panafricanismo no favorecía los experimentos rupturistas individuales, la apuesta antiimperial, en este sentido, fue predominantemente común (OUA 1963)¹⁷.

Es toda una dimensión imperial la que África tuvo que enfrentar en los últimos 60 a 70 años, y no sólo potencias imperialistas más o menos desacreditadas o desgastadas por la guerra, una estructura imperial que

¹⁵La consideración de tales reivindicaciones como persistencias antojadizas, propias de sectores o pueblos que se niegan a la modernización, es decir, pueblos atrasados, está en la base de los análisis orientalistas pero también la mirada de muchos dirigentes independentistas africanos educados, formados en las metrópolis europeas. Consideración aparte merecerían las miradas soviéticas, en tanto parte de lo imperial pero cabeza que disputa la dirección del mismo durante todo el siglo XX, de la misma manera que el Islam y en las últimas décadas, China.

¹⁶No por nada proyectos alternativos y alineados con la contrahegemonía imperial, como el chavismo o el socialismo boliviano, han surgido a la luz planteándose la necesidad de una nueva independencia.

¹⁷La dimensión imperial que estamos destacando puede ser pensada como dirigida por cabezas alternativas o secundarias pero la entidad es la misma, ya sabemos que lo que implicaba e implica la no pertenencia a la red financiera global (imperial).

ha recorrido diversos momentos hasta hoy, con crisis sucesivas en 1973 y desde 2008 hasta hoy, entre otras. Sea como fuere, es necesario modificar la forma en que se han pensado las “dificultades de desarrollo” que han puesto límite a los Estados africanos “independientes”, habrá que ver cómo jugaron tales límites en el convencimiento acerca de las repúblicas, en la formación de las elites dirigentes, todo ello en el marco en la derrota que sufrió el proyecto revolucionario (Ziegler 1967). Teniendo en cuenta las dificultades y complejidades señaladas, muchos sectores y líderes tenían en claro la necesidad de la unidad continental y revolucionaria, desde perspectivas más o menos revolucionarias. La dominancia no permitió el crecimiento de las experiencias más radicalmente independientes y soberanas, reordenó las tendencias y favoreció el establecimiento de repúblicas formales, lo cual fue entendido por Walter Rodney como todo un “sistema de independencia política simulada” (Rodney 1982: 41). De allí también que las décadas posteriores puedan interpretarse como neocolonialismo:

Como sabemos, las relaciones entre Europa y África se caracterizan por una flagrante desigualdad en la relación de fuerzas (...) El concepto de neocolonialismo ‘realista’, significa la dominación que Europa o, mejor dicho, las antiguas potencias colonizadoras europeas, ejercen sobre sus antiguas colonias africanas a través de la creación o mantenimiento, en los Estados africanos, de una relación de dependencia estructural a nivel económico y de una influencia política directa en lo que se refiere a los procesos de decisión. Dicho de otra manera, el neocolonialismo “realista” consiste en la concesión de una independencia ficticia por la antigua potencia colonialista. Esta sigue asegurándose el monopolio, en algunos aspectos, mediante la élite local, a la que ha colocado en el poder y que juega un verdadero papel de guardián de los intereses neocolonialistas. El antiguo colonizador procura restablecer el colonialismo, al mismo tiempo que predica la independencia. Francia sería el paradigma de este neocolonialismo “realista” en el África francófona. Utiliza asesores, profesores y expertos franceses, para salvaguardar sus intereses y mantener, de este modo, la supremacía de sus propios juicios de valor y sus métodos. Es la famosa francofonía. Francia se sirve de la educación, de las presiones político-diplomáticas y de las intervenciones militares para defender sus intereses particulares y los de Occidente de los que se cree depositaria en África. (...) A lo largo de las tres últimas décadas, Francia

ha intervenido repetidas veces en el continente, para derribar gobiernos recalcitrantes y poco dóciles, para impedir la toma del poder por los movimientos de oposición hostiles, y para aplastar las sublevaciones populares contra los gobiernos establecidos. (Kabunda Badi 1996)

La dimensión imperial implica también una relación de fuerzas entre el bloque dominante de Occidente y los bloques subordinados; tal cosa debía ser reivindicada, más aún que el dominio individual de cada uno sobre sus ex-colonias. Entendiendo el proceso en este marco, la Segunda Guerra mundial resultó disruptiva, entre otras cosas, por la participación de soldados y avitualladores africanxs y el contacto directo con intelectuales o con las problemáticas posteriores a la crisis del 30' que el nazi-fascismo había hecho tremendas. La desestabilización de las potencias metropolitanas y la alianza que tuvieron que establecer con sus colonias ponía la vara en un nuevo punto de partida para todo tipo de dominación. En ese sentido hay que entender que la etapa colonial había implicado una formalización de las zonas de influencia entre las principales potencias, mostrando que la dirección del Imperio es el resultado, también, de las relaciones de fuerza entre los principales Estados-nación del planeta y, en ese sentido, es multicéfala. Ki Zerbo supo plantear ésto como las contradicciones internas del colonialismo, entendiendo que el sistema de dominación estaba cambiando, ocupando en él un lugar central las políticas anticoloniales de Estados Unidos, la URSS y la ONU¹⁸.

Lo que evidenció la incorporación de todo el globo a la estructura imperial que Wallerstein llamó sistema-mundo es que la colonización formalizada no podía sostenerse en el tiempo, que la continuidad del propio sistema dependía de atender los reclamos que la propia incorporación ponía en el tapete. Lo que agregamos aquí es que esa vindicación está unida, en el caso africano, a los pasados históricos específicos en un plano continental. En ese sentido Gran Bretaña llevaba la razón con su gobierno indirecto por sobre las ideas de asimilación de Francia, aunque ambos modelos hayan estado presentes en cada etapa y por tanto también lo estén en la de la independencia.

La creación de los nuevos Estados-nación africanos no pudo prescindir de lo más profundo de la africanidad, de la historia de largo e incluso larguísimo plazo del continente, traccionó hacia el futuro aquello que la

¹⁸Siendo el proceso en todo caso muy amplio, los movimientos asiáticos en China, Vietnam, la India e Indonesia marcaban tendencia, y en África el norte mostraba las repercusiones de una guerra mundial.

colonialidad había pretendido soslayar, mostrando que la independencia enlaza con los gérmenes siempre vivos de la autonomía de los pueblos y que la occidentalización, en el marco del Imperio, no logra subsumir realmente las construcciones culturales de los pueblos entendidas como singularidades.

En ambos referentes independentistas mencionados encontramos reflexiones marcadas por una noción muy horizontal de humanidad, una acción práxica dirigida a incorporar “definitivamente” África a un espacio histórico en el que la dirección Imperial no la había considerado, cuanto menos, plenamente parte. En ese sentido las reflexiones han torneado la propia cosmovisión del Imperio, haciendo entrar en ella en condiciones de igualdad, por lo menos durante un tiempo o parcialmente, los aportes y/o la agencia y/o la cultura y/o la historia del continente. El desplazamiento que ese lugar igualitario, también, puede ser pensado como parte de aquella ilusión de excesiva autonomía territorial de las Naciones de la que hablábamos al comienzo, de aquella mirada global que no incluye una dimensión jerárquica e Imperial. Finalmente muchas de las guerras de la posguerra fría favorecen la concientización sobre este dominio o mantenimiento de la jerarquía interregional. En este esbozado contexto creemos que es pertinente evaluar las dificultades y características de los Estados africanos “independientes” y su actualidad -como la de Ghana fotografiada al comienzo- y, por analogía, podemos pensar la situación de los Estados-nación americanos cuando promediaban 60 años de independencia, es decir, allá por la segunda mitad del siglo XIX.

Fuentes

GHANA NEWS AGENCY (GNA), disponible en <https://gna.org.gh/>

BANCO MUNDIAL (BM), disponible en <https://datos.bancomundial.org/>

DATOS MACRO (MACRO), disponible en <https://datosmacro.expansion.com/>

FICHA PAÍS, REPÚBLICA DE GHANA (FICHA) OFICINA DIPLOMÁTICA DEL MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES DE ESPAÑA, disponible en <https://www.exteriores.gob.es/es/Comunicacion/Paginas/Ficha.aspx>

THE COMMONWEALTH. 56 COUNTRIES WORKING TOGETHER FOR PROSPERITY, DEMOCRACY AND PEACE, disponible en <https://thecommonwealth.org/>

COYUNTURA DE ÁFRICA (2020), disponible en <https://coyunturadeafrica.blogspot.com/>

REVISTA ANÁLISIS DE COYUNTURA. Varios números. disponible en <http://www analisisdecoyuntura.com.ar/>

VERNE, Julio (1863) *Cinco semanas en globo*. Varias ediciones. San Pablo: Nova Cultura.

NKRUMAH, Kwame (1965) *África debe unirse*. Buenos Aires: Eudeba.

NKRUMAH, Kwame (1961) *I speak of freedom: A Statement of African Ideology* (extracto). Traducción propia disponible en <https://www.revistadehistoria.com/2022/02/kwame-nkrumah-i-speak-of-freedom.html>

SENGHOR, Leopoldo Sédar (1972) *Fundamentos de la africanidad*. Madrid: Zero.

SENGHOR, Leopoldo Sédar (2022) *Discurso durante la primera cumbre de la Organización de la Unión Africana (OUA), mayo de 1963*. Traducción disponible en <http://www.revistadehistoria.com/2022/02/discurso-de-leopold-sedar-senghor.html>

OUA (1963) *Speeches & Statements made at the first organization of African Unity (O.A.U) Summit*. Disponible en <https://au.int/en/speeches/19630508/speeches-and-statements-made-first-organisation-african-unity-oau-summit-1963>

Bibliografía

BAYLY, Christopher A. (2010) *El nacimiento del mundo moderno, 1780-1914. Conexiones y comparaciones globales*. Madrid: Siglo XXI.

BOU, Luis César (2007) *África y la historia*. Rosario: CEUR.

CALCHI NOVATI, Gian P. (1970) *La revolución en el África negra*. Barcelona: Bruguera.

CALVEIRO, Pilar (2012) *Violencias de Estado. La guerra antiterrorista y la guerra contra el crimen como medios de control global*. Buenos Aires: Siglo XXI.

CESARE LUPORINI, Emilio S. et al. (1973) *El concepto de Formación económico-social*. Buenos Aires: Cuadernos de Pasado y Presente.

DUBE, Saurabh (comp.) (1999) *Pasados postcoloniales. Colección de ensayos sobre la nueva historia y etnografía de la India*. México: El Colegio de México.

DUSSEL, Enrique (2009) “Una nueva edad en la Historia de la Filosofía: el diálogo mundial entre tradiciones filosóficas”, *Tabula Rasa* 11: 97-114.

FONTANA, Josep (2011) *Por el bien del Imperio. Una historia del mundo desde 1945*. Barcelona: Pasado y presente.

FORNET-BETANCOURT, Raúl (2004) *Crítica intercultural de la filosofía latinoamericana actual*. Madrid: Trotta.

GARCÍA MORAL, Eric (2016) *Breve historia del África subsahariana*. Madrid: Nowtilus.

GROSFUGUEL, Ramón (2018) “¿Negros marxistas o marxismos negros? Una mirada descolonial”, *Tabula Rasa* 28: 11-22.

HEGEL, Georg F. W. (1976) *Filosofía de la historia*. Buenos Aires: Claridad.

HOBBSAWM, Eric (1998) *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica.

HOBBSAWM, Eric y RANGER, Terence (1983) *La invención de la tradición*. Barcelona: Crítica.

INIESTA, Ferrán (2010) *El pensamiento tradicional africano. Regreso al planeta negro*. Madrid: Ediciones de la Catarata.

KABUNDA BADI, Mbuyi (1996) “El neocolonialismo en África. Sus formas y manifestaciones”, *África América Latina, cuadernos: Revista de análisis sur-norte para una cooperación solidaria* 24: 63-68.

KI ZERBO, Joseph (1980) *Historia del África negra*. Tomo 2. Madrid: Alianza.

KRAMER, Martin (2001) "Said's Splash", en: Kramer, M. *Ivory Towers on Sand: The Failure of Middle Eastern Studies in America*. Washington: The Washington Institute for Near East Policy.

LE GOFF, JACQUES (1974) "Las mentalidades. Una historia ambigua", en: Le Goff, J. y Nora, P. (dirs.) *Hacer la historia*, Vol. III. Barcelona: LAIA.

LENIN, Vladimir I. (1974 [1917]) *El Imperialismo. Etapa superior del capitalismo (ensayo popular)*. Buenos Aires: Polémica.

MAMDANI, Mahmood (1996) *Ciudadano y súbdito. África contemporánea y el legado del colonialismo tardío*. Madrid: Siglo XXI.

MARX, Karl (1972) *Los fundamentos de la crítica de la economía política*. Madrid: Comunicación.

MBEMBE, Achille (2011) *Necropolítica*. España: Melusina.

MBEMBE, Achille (2016) *Crítica de la razón negra*. Buenos Aires: Futuro Anterior.

MEIKSINS WOOD, Ellen (2003) *El Imperio del capital*. España: El Viejo Topo.

MEILLASOUX, Claude (1990) *Antropología de la esclavitud*. México: Siglo XXI.

MEILLASOUX, Claude (1977) *Mujeres, graneros y capitales*. México: Siglo XXI.

MELLAFE ROJAS, Rolando (2004) "Historia de las mentalidades: una nueva alternativa", *Revista de Estudios Históricos* 1(1): s/p. Disponible en: http://www.estudioshistoricos.uchile.cl/CDA/est_hist_articulo/0,1473,SCID%253D11681%2526ISID%253D491%2526PRT%253D11657,00.htm
1

RODNEY, Walter (1982) *De cómo Europa subdesarrolló a África*. México: Siglo XXI.

RUBINZAL, Mariela (2022) *Reseña de América Latina entre la reforma y la revolución de las independencias al siglo XXI de Marta Bonaudo, Silvia*

Simonassi y Diego A Mauro, 2020. Madrid: Editorial Síntesis. 272 páginas, Corpus 12 (1). Disponible en: <https://doi.org/10.4000/corpusarchivos.5415>

SAID, Edward (1990[1978]) *Orientalismo*. Madrid: Ediciones Libertarias.

SÁNCHEZ PORRO, Reinaldo M. (2016) *África: luces, mitos y sombras de la descolonización*. La Habana: Editorial Universitaria Félix Varela.

SANTOS HERCEG, José (2010) “De la filosofía latinoamericana a la africana. Pistas para un diálogo filosófico intercultural”, *Estudios avanzados* (13): 131-149.

TOASIJÉ, Antumi (2011) “La afrocentricidad: ¿un nuevo impulso para el panafricanismo?”, *II Congreso Internacional África-Occidente: corresponsabilidad en el desarrollo*, Vol. 2. Huelva: Universidad de Huelva.

VELASCO MESA, Custodio (2019) *Las independencias de África. De las primeras resistencias anticoloniales a la formación de los nuevos Estados*. Madrid: Libros de la Catarata.

WALLERSTEIN, Immanuel (2011) “El debate en torno a la economía política de El moderno sistema-mundial”. *Mundo Siglo XXI* 24(6): 5-12.

WALLERSTEIN, Immanuel (2011) *El moderno sistema mundial I. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*. México: Editorial Siglo XXI.

WALLERSTEIN, Immanuel (2006) *El moderno sistema mundial. III. La segunda era de gran expansión de la economía-mundo capitalista, 1730-1850*. Madrid: Editorial Siglo XXI.

YOUNG, Kevin C. (2013) “Redefining Empire: Trends and Concepts In Recent Historiography”, en: *Colloquium in Global History: Comparative Empires*. New Brunswick: Rutgers University.

ZIEGLER, Jean (1967) *La contrarrevolución en África*. Barcelona: Lumen.

ZIEGLER, Jean (1988) *La victoria de los vencidos*. Barcelona: Ediciones B.